

## DISCURSO

PARA EL DIA

### DE SAN VICENTE DE PAÚL.

(DE TRONCOSO.)

*Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor.*

Á cargo tuyo está la tutela del pobre; tú eres el amparo del huérfano.

*Salmo 10. v. 14.*

Cuando el cristianismo ha proclamado que el poderoso principio de la fe es el único origen de la verdadera beneficencia, no ha hecho sino repetir lo que á través de siglos y generaciones venia anunciando al universo la voz de los profetas, encargados de preparar los caminos de la benignidad y humanidad del Dios salvador, que en carne mortal debia aparecer en la plenitud del tiempo. Parece que toda la economía admirable del reinado de Jesucristo estaba basada sobre el indestructible cimiento de la justicia que habia de ejercer en favor de los pobres, y de su benignísima caridad para con los huérfanos y desvalidos. David, describiendo en el tipo de Salomon rey de Israel el reino del Salomon pacífico que debia ser el monarca universal de los siglos, representale dominando de un mar á otro, y desde el rio hasta el extremo del orbe de la tierra, haciendo florecer la justicia para con el pobre, humillando á los opresores de los desvalidos, y arrancando á estos de la tiranía de los poderosos : *Judicabit pauperes populi..... liberabit pauperem à potente, et pauperem cui non erat adjutor* (1).

(1) *Psalm. 71. v. 4 et 12.*

Empeñada empero la soberbia del hombre en atribuirse la gloria de las grandes acciones que han inmortalizado esta religion, dada al mundo para formar su dicha y labrar su eterno porvenir, no ha dudado llevar su temeraria osadía hasta negar los hechos mas concluyentes, lanzándose en los brazos de un pirronismo insensato que le degrada y condena. Porque los hechos trasmitidos hasta nosotros por el canal de la tradicion constante y de la historia imparcial, subsisten hoy en toda su fuerza y vigor, á pesar del egoísmo de la humanal ciencia y de los tiros de la mordacidad. Todo el universo prueba hasta la evidencia que solo el cristianismo pudo realizar el gran problema de regeneracion universal á que los hombres y los pueblos aspiraban por un movimiento irresistible, desde que aislados por el orgullo del profanador del Eden, y enteramente separados por el temerario proyecto de los artifices de Babel, se hallaron sin lazos que les estrechasen en mutua reciprocidad de miras, de intereses y de afectos. El egoísmo lo habia dislocado todo, y sola la caridad, el amor podia reformarlo; y esta virtud es la que formando aquel vínculo de perfeccion que une á los hombres con Dios y con sus semejantes, crea las sociedades, protege los imperios, defiende los derechos de la humanidad y hace felices á los pueblos. El cristianismo pues, oponiéndose al egoísmo, á la opresion, á la tiranía y á las demas pasiones que ponian ántes un muro de separacion entre los hombres de diferente condicion, los estrecha á todos con lazos comunes; y el desvalido, el pobre, el infortunado, el huérfano, objetos ántes de una insensibilidad brutal, son bajo la égida de esta religion de humanidad y de amor objetos de una singular solicitud. De ella, como de su ilustre y divino fundador dijo el Salmista, debemos nosotros decir : A ti se ha encomendado la tutela del pobre, tú eres el amparo del huérfano : *Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor.*

Aunque ninguna prueba existiese de esta verdad incontestable, bastaríanos fijar nuestra atencion en ese personaje ilustre que hoy venimos á solemnizar en este augusto templo. Tú solo, ¡oh sin par Vicente de Paúl! eres suficiente para evidenciar el poderoso influjo de esa religion, cuyas glorias has inmortalizado con tu nombre. Escogido por el Señor para ser el padre de los huérfanos y el protector de los infelices, tú has reasumido en tu persona la historia y los elogios de esa religion



de amor y de misericordia. Tú hablas á nombre de todos los siglos; porque los siglos no han ofrecido jamas un espectáculo tan sorprendente y majestuoso, que, como tus acciones, hiciera enmudecer á la misma impiedad.

¿Y quién duda que la impiedad se ha visto en la precision de tributar elogios á la memoria del insigne Vicente de Paúl? ¿A quién sino á el es deudora la humanidad de las instituciones mas filantrópicas, en la justa y verdadera acepcion de este término de que tanto ha abusado la humana arrogancia? ¿Quién la ha legado monumentos mas preciosos y ejemplos mas brillantes de heroica beneficencia? ¿Quién enjugó mas lágrimas? Quién consoló mas corazones? ¿Quién, en suma, supo como Vicente de Paúl perpetuar su caridad insigne en tantas sociedades que contrabalanceasen los esfuerzos del egoísmo filosófico, y el furor de la incredulidad?..... Oh héroe invicto! aunque mi lengua intentase enmudecer y ocultar los grandes hechos que ilustran tu memoria, hablarían por mí millares de ancianos de quien fuiste el apoyo; de viudas de quien te constituiste protector; de pobres y desvalidos cuyo amparo fuiste; de huérfanos y abandonados que te aclamarian su padre amoroso y su insigne bienhechor; y estos y mil monumentos elevados por tu genio creador alzarían hoy la voz en loor tuyo, y bendecirían tu memoria exclamando: *Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor*. Justo es pues, católicos, que yo contribuya con mis débiles luces á hacer apreciar á la sociedad, al mundo todo, los servicios incalculables que al mundo, á la sociedad y á la iglesia prestara un hombre, que por sus acciones ha merecido ser mirado como el *verdadero padre de los pobres y el tutor insigne de los huérfanos*. Bajo este sencillo carácter contemplaréis la accion poderosa del cristianismo personificada en Vicente de Paúl. *Ave Maria*.

#### REFLEXION UNICA.

Casi tocaba á su término el siglo XVI, manchado con todos los horrores que la herejía, el espíritu de rebelion y el asqueroso cisma le habian legado; cuando un astro benéfico, penetrando á traves de un horizonte preñado de densos nubarrones, aparecia sobre una de las humildes aldeas de la diócesis de Dax en la falda de los Pirineos, anunciando á los mortales

el reinado de la caridad y de la verdadera beneficencia. Un hijo de unos pobres labradores nacia en el mundo para ser el símbolo visible de la divina Providencia, y el instrumento de sus divinas misericordias. Este era Vicente de Paúl, á quien aquel Dios que es por excelencia el padre de los pobres y el protector de los huérfanos, habia de legar todo su espíritu, para enjugar el llanto y calmar los infortunios que aquejaban á la triste humanidad. No os sorprenda el verle en el campo ocupado en apacentar una grey inocente; la misma ocupacion llenó los primeros años de un David, y no por eso dejó de ser un dia monarca de todo el pueblo de Israel. Vicente de Paúl no nace para reinar sobre naciones poderosas, ni para mandar ejércitos formidables; pero él debe dominar los corazones, y lanzar en todo el universo un grito, á cuyo eco huestes innumerables de héroes se levantarán para pelear en los campos del Dios de Sabaot las batallas del Señor, y llevar sus rápidas conquistas hasta las extremidades del mundo conocido. Si ahora le contemplais con emocion entre las asperezas de los montes, trepando riscos y atravesando valles, entonando himnos al Creador, y convidando á las criaturas á engrandecer al Dios de la naturaleza en una edad en que casi ignora su mismo ser, no tardaréis en verle trocar el cayado por los libros, y partir presuroso á la capital del Languedoc, á dar principio á una carrera que en pocos dias perfeccionará cual colosal gigante. Allí imbuído en la ciencia sagrada, y hecho participante por Dios de sus eternos designios, arde en deseos de consagrar sus dias á labrar la dicha de sus semejantes. Elevado al sacerdocio, es un Moises cuyos suspiros tienden únicamente á la salvacion de su pueblo. La caridad de Cristo le urge como á otro Pablo (1); pero como él, debe ántes experimentar toda clase de infortunios por el nombre de su Dios. ¡Providencia admirable! tú querias que ese hombre á quien eligieras para curar las profundas heridas del corazon humano, pasase ántes por el crisol de la adversidad, para que mejor aprendiese á simpatizar con las miserias de sus hermanos!

Entre todas las miserias que pueden afligir al hombre en la tierra, ninguna hay comparable al cautiverio; porque de él son inseparables todas las demas; pues ved ahí el primer en-

(1) II. Corinth. c. 5. v. 14.



sayo de la caridad de este hombre apostólico. Regresaba en una ocasion desde Marsella á Narbona. Confiada su frágil existencia á las olas del mar, no bien ha salido del puerto, cuando herido por una flecha, nadando en su propia sangre, es hecho presa de piratas berberiscos; y cuando vuelve en sí del estado de mortal languidez á que le redujeran sus padecimientos, se encuentra en las playas de Túnez cargado de pesadas cadenas, y vendido á un cruel renegado que ejerce sobre él todos los horrores de la mas bárbara tiranía. Mas no por eso desfallecerá la constancia del invicto cautivo. Si alguna vez, sentado sobre las riberas de aquella triste é infiel Babilonia, entona los lúgubres cánticos de Sion, no es porque su corazon sea capaz de abatirse en los padecimientos: su gloria, su vida y su felicidad están cifradas en la cruz de su Salvador. No extrañéis tampoco que lanzando miradas expresivas hácia aquel suelo que le vió nacer, sienta humedecerse sus párpados con el llanto de la amargura; tambien los hijos de Israel lloraban, porque ausentes de su país natal, carecian en aquella tierra proscrita y malaventurada de su templo, de sus sacrificios, y de sus augustas solemnidades (1). Vicente de Paúl no se aflige por la ausencia de la madre patria, porque su patria verdadera es el cielo; afligese empero porque no le es permitido dar á la caridad que abrasa su pecho toda la expansion que le inspira su alma grande y generosa. Pero... ¡vencerás, glorioso atleta! y en medio de tu innoble cautiverio, sabrás atar á tu mismo tirano al carro de tu triunfo. Vedle, católicos, cuál surca los mares en una frágil lancha. Ese hombre que veis dirigiendo su rumbo hácia las aguas del Tirreno, es el ilustre vencedor del mismo bajo cuya esclavitud gimiera. Su dulzura, sus virtudes, su paciencia heroica han movido profundamente el corazon de aquel apóstata de su religion. Las cadenas de Vicente de Paúl han triunfado de la cimitarra; y aquella cabeza mancillada con el turbante, signo de su infidelidad, vá á postrarse ante el padre comun de los fieles y á ser de nuevo incorporado en el seno de aquella iglesia madre de quien fué cobarde tráfuga. Loor eterno! ilustre forzado; tú has sabido romper tus hierros, llevando cautiva la misma cautividad. Corre, vuela al seno de tu patria; saluda con emocion ese suelo que te espera impa-

(1) *Psalm.* 136. v. 1.

ciente; hácia ti tienden sus vacilantes manos millares de infelices que deben hallar en ti un padre benéfico y un insigne protector. Viudas desconsoladas, huérfanos solitarios, pobres abandonados, madres sin proteccion, hijos sin porvenir, jóvenes cuya virtud pelagra, ancianos cuya existencia sucumbe, niños cuya inocencia es objeto de las mas cruel insensibilidad; hé ahí los mas apreciables y caros objetos de tu paternal solicitud; á ti está reservado el mejorar la suerte de esos seres desgraciados, víctimas infelices del egoísmo y de la inhumanidad: *Tibi derelictus est pauper: orphano tu eris adjutor.*

Y en efecto, católicos, hasta el tiempo de Vicente de Paúl los socorros que la caridad cristiana derramaba sobre los desgraciados, ni eran fijos ni tenian carácter alguno de estabilidad. Solo ese genio benéfico se atrevió á acometer una empresa cuya sola idea hubiera bastado para hacer desfallecer el ánimo mas emprendedor. Ya en dos parroquias de las cuales habia sido digno pastor, habia zanjado los cimientos de su grande obra, instituyendo asociaciones útiles, destinadas á servir á los enfermos, á alimentar los pobres y socorrer los desgraciados. El cielo se complacia en derramar abundantemente sus bendiciones sobre estos primeros ensayos de su caritativo celo, que extendiendo su benéfico influjo por las principales ciudades de Francia, hacia brotar instituciones de igual clase en las villas, en los pueblos y hasta en las mas humildes aldeas. Por do quiera que Vicente de Paúl pasaba, la miseria y el dolor desaparecian á impulso de su heroica beneficencia. Pero esto no era sino el manso arroyuelo del libro del Eclesiástico, que en breve debia convertirse en un grande y caudaloso rio; era la piedra misteriosa de Daniel, que dando por el pié al informe coloso del egoísmo, vendria á ser una gran montaña, cuya elevacion dominaria toda la tierra.

Así fué; Vicente de Paúl, secundado en sus vastas miras por la divina Providencia, zanja los cimientos de una institucion tan elevada en sus fines, tan extensa en sus efectos, y en sus servicios tan colosal y gigantesca, que el mundo todo no ha podido dispensarse de tributarla los mas justos elogios. Ya habeis podido comprender que hablo de esa sociedad de heroínas incomparables, que conocidas bajo el nombre de Hermanas de la Caridad, no han cesado de prestar á la humanidad afligida desde el instante de su fundacion, servicios, que si bien el uni-



verso admira, jamas empero supo ni sabrá dignamente apreciar. Ah! católicos, ¿habeis jamas reflexionado atentamente, ni estudiado con detenimiento el carácter del heroísmo de esos ángeles de paz? La hermana de la caridad ha abandonado en la flor de su juventud una familia querida, padres cariñosos, tiernos hermanitos, amigas amorosas; ha dicho un eterno adios al mundo y á sus mas inocentes placeres; ha renunciado á la brillante perspectiva de un enlace ventajoso que hubiera fijado de una manera estable su porvenir. Tal vez la caridad que dictaba su generoso sacrificio ha hecho enmudecer en su corazon una inclinacion secreta; tal vez ha sacrificado al Dios de los pobres un amor sencillo, puro, respetable, y que hubiera labrado su felicidad. Ella ha cubierto su existencia bajo un nombre religioso; y sola, ignorada en medio del mundo, su única ambicion es rivalizar en méritos y virtudes con los habitantes del cielo. Mas no por eso creais que su vida esté concretada al ejercicio de las virtudes internas, y sujeta á la inaccion. ¿Veis aquella jóven agraciada que á la cabeza de un moribundo le dirige palabras amorosas y edificantes, y con un semblante risueño y angelical parece quiere trasladar á aquel corazon ulcerado los afectos de su inocente corazon? Es una hermana de la caridad, hija digna de Vicente de Paúl; el ángel de la inocencia que conduce como por la mano al criminal espirante, para manifestarle el camino que conduce al reino de la inmortalidad. ¿Veis aquella otra que cubierta con un cándido velo, penetra en el asilo de la infeccion y del horror, en donde una madre afligida, rodeada de hijos extenuados, pálidos y macilentos, llora inconsolable, reducida á la mas extrema mendicidad? Ah! Ella es la hija de Vicente de Paúl, la hermana de la caridad, el agente, el símbolo visible de la divina Providencia, que va á derramar sobre aquellas familias socorros abundantes, junto con las mas dulces expresiones de consuelo, ocultando con un secreto misterioso el heroísmo de su beneficencia. ¿Veis aquella que, solícita no ménos que amorosa, se ocupa en asear la cama de un enfermo, en preparar con cuidado los remedios prescritos por el facultativo, y á su hora se acerca al paciente para suministrarle cuanto le es necesario, para reanimar su languidez y devolverle la salud? Es tambien una hija de Vicente de Paúl, que mirando en aquel ser infortunado un amigo, un padre, un hermano, porque su caridad se extiende á todos indistintamen-

te, toma parte en sus dolores, sufre por sus males, y solo desea suavizarlos sin otro interes que el de ejercer su beneficencia. Tambien lo es aquella que rodeada de un crecido número de niñas pobres, y á veces groseras y asquerosas, se consagra á instruir las como una madre cariñosa en todo género de labores propias de su sexo y en los rudimentos de la religion. Tal vez estas mismas olvidarán un día los servicios de sus insignes bienhechoras; mas no importa: ellas llenan un deber que voluntariamente se han impuesto á sí mismas; y como no esperan otra recompensa que la del cielo, allí únicamente dirigen sus miradas, hácia allí encaminan sus suspiros, y allí van á perderse los deseos de su corazon.

¡Hombre incomparable! Hé ahí tu obra: tus hijas cuentan bien tu heroísmo; ellas son un elogio permanente de tus grandes acciones, y ellas solas bastarán para perpetuar tu memoria. ¿Y á quién, católicos, es deudora la humanidad de todos los grandes servicios que esos ángeles en carne derraman por todo el universo, sino á ese hombre singular, que cual astro benéfico apareció en el hemisferio católico, para mejorar la suerte de toda la humanidad? Dígalo si no este instituto altamente civilizador que hoy tenemos á la vista y que debe llamar de una manera especial toda nuestra atencion. Ah! jóvenes amables, niñas inocentes, tiernos infantitos, hablad por mí en este momento, y dispensadme del empeño de trazar el elogio de esa institucion grande, que haciéndoos olvidar las amarguras del abandono en que yacíais, víctimas de la indiferencia de padres criminales y desnaturalizados, os hizo encontrar en esos ángeles humanados otras tantas madres cariñosas, que no ménos que si hubieseis salido de sus propias entrañas, se ocupan constantemente en labrar vuestra felicidad! ¿No es verdad que toda vuestra dicha la debeis al inmortal Vicente de Paúl? ¡Oh, cuán infatigablemente no hubo de trabajar este invicto héroe para llevar á cabo una empresa tan inmensa! Sola su paciencia y su caridad ardentísima pudieron sostenerle contra los obstáculos sin cuento que se opusieron á su marcha en la realizacion de ese gran proyecto. Pero la caridad no se cansa: todo lo sufre, todo lo espera, todo lo acomete. Vicente habla; y á su voz las cancilleras de Francia, las duquesas de Mantua, y las mas ilustres notabilidades se asocian á sus deseos, secundan sus miras, y no contentas con derramar largamente sus liberalidades,



constitúyense ellas mismas las servidas de la infancia abandonada. Bien pronto se erigen vastos y cómodos edificios para depositar esos seres infortunados cuya sola presencia hace conmover las entrañas mas empedernidas. Si multiplicándose extraordinariamente el número de niños abandonados, escasean los recursos, no por eso desfallece la grande alma de Vicente de Paúl. Convoca una asamblea general de todas las asociadas á esa obra insigne; las reúne en medio del espectáculo mas aflictivo y desconsolador, á presencia de centenares de criaturas hambrientas la mayor parte, desnudas, cadavéricas y exhaustas; y con voz sentida y sonoro acento, las dirige un discurso patético. Las lágrimas de Vicente Paúl arrancan sollozos y profundos suspiros de todos los circunstantes; todos lloran á presencia de un cuadro que la vista no puede sufrir, porque despedaza el corazón de aquellas madres. Pero sobre todo fué general la conmoción cuando nuestro incomparable héroe, movido de un sentimiento sobrenatural, pronunció estas palabras: «Señoras, en vuestras manos está la vida ó la muerte de estos seres desgraciados: tiempo es que pronunciéis una sentencia definitiva; ó compadecidas de su situación los adoptais, y entonces vivirán; ó cerrais vuestros pechos á la misericordia, y en ese caso vosotras responderéis de su muerte.»

No habia aun acabado de pronunciar estas expresiones, cuando haciendo henchir el aire con los gemidos y compasivos sollozos que la caridad arranca de sus pechos, cada cual se apresura á desprenderse de sus mas caros objetos; los anillos preciosos, las joyas, los brillantes, los adornos de mayor precio se depositan en las manos de Vicente de Paúl. Un grito unánime, un comun sentimiento, una misma voz se oye por do quiera en favor de la infancia abandonada. ¡La caridad ha triunfado!..... Sí, héroe insigne, genio de la beneficencia, á tí es debida una victoria tan sublime. Ese grito que lanzaste hace dos siglos, ha salvado á todas las generaciones de niños infelices que sin tí hubieran perecido entre los horrores del abandono y de la angustia. ¡Cuántos millares de víctimas arrancaste en un momento de entre las fauces de la muerte! Si la Francia vió elevarse en su seno mas de trescientos asilos de beneficencia; si la Italia, la España, y hasta la Polonia han abierto gustosas sus puertas á esa institución benéfica, y levantado edificios destinados á mejorar la suerte de esa clase abandonada; si ahora tus ilus-

tres cooperadoras, herederas de tu celo y de tu caridad infatigable, pisan las arenosas llanuras del Africa, y llamadas con entusiasmo desde mas allá de los mares, son recibidas en triunfo en la América, á ti debe la humanidad tan relevantes servicios. Justo era pues que las generaciones supiesen apreciarlos. ¿Y cómo hubieran podido desconocer lo que los mismos corifeos de la impiedad no han podido ménos de celebrar con los mas magníficos elogios? «Tal vez (decia Voltaire) no hay cosa mas grande sobre la tierra, que el sacrificio que un sexo delicado hace de la belleza, de la juventud, y comunmente de un nacimiento ilustre, para fijar su morada en los asilos de la indigencia, del infortunio y de todas las miserias cuya sola vista es tan repugnante al orgullo del hombre.» «No hay algo, (dijo el memorable Heliot) que al ver las hijas de Vicente de Paúl ocupadas en servir los enfermos, curar sus llagas y ejercer en su obsequio los mas humildes servicios, no las contemple como otras tantas víctimas, que por un exceso de amor y de caridad desprecian la muerte por socorrer á sus hermanos en medio de la infeccion y de todo género de horrores.» (1)

¿Qué falta pues á este héroe incomparable para merecer el dictado honroso de padre de los pobres y protector de los huérfanos y de los desvalidos? Recordad aunque rápidamente los servicios inmensos que prestó á su patria, cuando los ejércitos de cinco naciones diferentes se disputaban la posesion de la Lorena y del ducado de Bar, llevando por todas partes el fuego, la desolacion y el espanto. Aquí le vereis recogiendo con sus propias manos millares de cadáveres, que hacinados en los campos, todo lo infestan con su hedor pestilente: allí prodigando recursos á un sin número de enfermos, atacados del contagio producido por el hambre y demas miserias que arrastra consigo el genio de la guerra; por una parte le contemplaréis enviando ejércitos enteros de sacerdotes y santas vírgenes, prontos á sacrificar sus vidas en obsequio de sus semejantes, en los campamentos no ménos que en el seno de las ciudades: por otra, luchando contra los azotes reunidos de la peste, de la guerra y del hambre, y venciendo los heroicamente con las armas de su infatigable caridad. ¿Y quién como Vicente de Paúl

(1) *Histoire des bienfaits du christianisme, chap. VIII, pag. 141, édit. de Paris, 1823.*



supo proveer durante veinte años consecutivos á todas las necesidades de veinte y cinco ciudades y de un doble número de pueblos y aldeas afligidas del hambre mas atroz? ¿Quién como él pudo diariamente distribuir la subsistencia necesaria á quin- ce mil pobres durante el prolongado sitio de París? ¿Quién.... Mas, qué! ¿pretenderia yo reducir á guarismos los hechos heróicos de Vicente de Paúl? No es posible; fuerza es pasar en silencio lo que su caridad heróica hizo en favor de los emigra- dos que de diversas partes de la Europa venian á refugiarse á la sazón, y en especialidad con los ingleses, que huyendo de la persecucion de Cronwel, buscaban un asilo en la caridad de Vi- cente de Paúl. Nada es posible decir del heroísmo con que él y sus fervorosos hijos se lanzaban sobre frágiles lanchas para ir á llevar víveres á los habitantes de Genevillers, inundados por las aguas del Sena, que desbordando con furor, habíanle con- vertido en un lago inmenso. Ni es dable contar el número de hospitales y asilos de diferentes clases que fundó para conso- lar toda suerte de infortunios y enfermedades; ni los brillantes efectos de aquellas misiones que fundara, y de cuyo seno sa- lieron ejércitos de fervorosos sacerdotes, que ora á la cabecera de los enfermos, ora al lado de los criminales; ya en los cam- pamentos de los soldados, ya en las cabañas de los salvajes, en todas partes, siempre prontos á servir á sus semejantes, tantos servicios han prestado y prestan actualmente en las diversas regiones del globo. Ah! la voz de los Bossuets, de los Fenelo- nes, de los Flechiers, y de los mas insignes talentos de la Eu- ropa han celebrado en elocuentes páginas las glorias de Vicente de Paúl; y mas que todo, esos monumentos que por do quie- ra se admiran como frutos de su caridad heróica, elevados por su genio emprendedor, hablan un lenguaje que ni el tiempo, ni las revoluciones, ni todas las vicisitudes humanas han podi- do todavía sofocar. Irlanda, Polonia, Escocia y hasta el monte Líbano, fueron durante su vida objetos de su benéfica solici- tud: á todas cual águila generosa extendió las alas de su cari- dad: y esta extendida hoy por sus hijos é hijas hasta los últimos confines del globo, hace esculpir su nombre en mármoles pre- ciosos, en dorados bronce, en majestuosos frontispicios y aún mas en el corazon de todos los hombres juiciosos y pen- sadores. No hay uno solo que, arrastrado de la conviccion irre- sistible de sus grandes acciones, no reconozca que sola la reli-

gion puede hacer todo cuanto es imposible á todos los esfuer- zos humanos; y que Vicente de Paúl fué un hombre sobre quien el Señor hizo reposar todo su poder, y en cuyas manos depositó sus inestimables tesoros, para que fuese el padre uni- versal de todos los pobres, el protector de los huérfanos y la providencia visible para todo género de necesidades.

Optad á este título tan glorioso, vosotras, dignas hijas de ese hombre insigne; vuestra verdadera grandeza está cifrada en la imitacion de sus virtudes, y sobre todo de su heróica caridad. No os desvieis pues un ápice de las huellas que os ha dejado marcadas. Sublime es por cierto vuestra mision; en vuestras manos está el porvenir de todos estos seres desgraciados; su vida ó su muerte depende de vosotras... Ah! ¿y dejariais pere- cer víctimas del abandono á esas criaturas que mirándose en el mundo solas y sin conocer los autores de su existencia, os tienden sus vacilantes manos y con acento enternecedor os di- cen: vosotras sois nuestros padres, los caudillos de nuestra virginidad y el apoyo de nuestra infancia? No, heroínas ilus- tres, no serán estériles los acentos de esas tiernas criaturas; vosotras sereis en efecto sus guias, sus conductoras, sus ángeles tutelares; no las abandonaréis jamas hasta crearlas un porvenir seguro, hasta ponerlas en estado de hacer su propia felicidad en el tiempo y en la eternidad.

Y tú, genio benéfico, que el mundo vió nacer para tanta gloria del cristianismo y bien de la humanidad abandonada; déjate mover del tierno llanto de esos infortunados seres, que solo en ti fundan su esperanza y el consuelo de su orfandad. Continúa desde el cielo la mision augusta que en la tierra co- menzaste, siendo en todo tiempo el padre de los pobres y el protector incansable de los huérfanos y desvalidos. Haz que prosperen los establecimientos que la caridad de tus hijos le- vantara como otros tantos trofeos consagrados á perpetuar la memoria de tu heroísmo y los prodigios de tu beneficencia. Bendice sus empresas, colma sus deseos, aumenta sus conqui- tas; para que extendiéndose por todo el orbe tu sagrado insti- tuto, bendiga y alabe al Señor donde quiera la afligida humani- dad. Imitemos todos tus virtudes, llenémonos de tu celo, ejer- zamos tu caridad, para de este modo merecer la bienaventu- ranza que disfrutas en la feliz eternidad.